

de la Visitación de cuyos labios salía el sacro mensaje del AVE GRATIA PLENA. El mismo rostro juvenil seráfico, las mismas manos lánguidas como alas y la misma sonrisa difuminada y triste. Desde esa noche el joven cura fue para ella Gabriel bajado a la isla desde el Cielo para hacerla partícipe de una señal mesiánica.

## ¡Crucifícalo! ¡Crucifíqueno!

Linda tuvo que reiniciar su vida como **Rosa de Lima** distraendo a la indeseable gentuza que llenaba el **Blue Moon**.

Lavinia y los demás criados negros de Alan Bristol atendían a los clientes sirviéndoles bebidas o haciendo la limpieza.

En el tranquilo **bungalow** quedaba Bibby protegida por el sumiso **boy** hindú, contra la terca voluntad de Lavinia que no se fiaba de él.

Queriendo a Linda y encariñado con la niña, Alan Bristol tenía el firme propósito de defenderlas y evitarles el menor contratiempo. Por tal razón permanecía en el bar hasta altas horas de la noche. Sólo se retiraba cuando Linda lo hacía. Lavinia y el grupo de los criados debían permanecer en el galpón hasta dejar bien limpio todo el sitio, barrido el piso, los vasos enjuagados y las sillas puestas sobre las mesas.

Por más esfuerzos que Linda hizo, la corriente impetuosa de los placeres unida a los efectos perniciosos del trago ablandaron la moral de Alan Bristol y poco a poco fueron debilitando su salud. Una noche sufrió el Primer colapso. Por fortuna había a portada de mano el médico de uno de los vapores acoderados en el muelle quien le hizo una advertencia formal. Alan Bristol sufría de alguna grave lesión cardíaca y debía someterse a un tratamiento especial. Sobre todo, nada de excesos. Mucha calma. Reposo.

Eddy Calvert no permitió que Linda se ausentara con Alan Bristol en viaje a la ciudad.

—Los médicos exageran siempre —dijo—. Nunca hay que hacerles caso.

Alan Bristol no se atrevió a marcharse solo a la ciudad ni mucho menos quiso dejar a Linda abandonada a la buena de Dios.

Siguió bebiendo y trasnochándose.

Cuando sufrió el segundo ataque, ningún facultativo pudo atenderlo, por no haber en el muelle barco alguno. Llevado a prisa al **bungalow**, Linda, Lavinia y Yamal Sing lo desvistieron, lo hicieron endosar el pijama y, tras haber tomado unas pastillas recetadas en la anterior urgencia, dio la impresión de haberse mejorado hasta quedar sumido en el más profundo sueño. Al día siguiente, cuando Linda lo quiso despertar, estaba muerto.

Lo enterraron en la falda del morro, sobre una diminuta colina donde ya había dos cruces de otros ingleses muertos. La gente de la isla suponía que eran tumbas de piratas.

Sin el apoyo moral de Alan Bristol, Linda empezó a sentirse desamparada. Para alejar a Eddy de la isla no halló otro subterfugio que imaginar la posibilidad de comprarlo proponiendo ofertas atractivas con el fin de que apresurara su viaje California. Linda sabía que el testamento de Alan, en manos del abogado de la empresa, legaba a Bibby magníficos valores

Habló con Eddy Calvert. Le ofreció completarle el capital para el nuevo casino que él pensaba instalar en Sacramento.

—Tú estás loca —dijo él—. ¿Piensas que voy a deshacerme de este magnífico negocio? ¿Crees que voy a arriesgarme a gastar en California lo que poseo? ¿No te das cuenta de que sería un absurdo? Ya la gente comienza a regresar de California con sus mochilas repletas de oro. Yo los esperaré apostado en mi **Blue Moon**. ¿Comprendes? Les tenderé asechanzas. Haré que apuesten su oro en mi ruleta o jugaré con ellos utilizando dados cargados. Recuerda que soy experto en trampas. No te preocupes, Linda. Vamos a desplumarlos lindamente. Al morir Alan Bristol, estas instalaciones no pueden continuar en acefalía. Ve a la ciudad y entévístate con los ejecutivos de la empresa o, mejor dicho, con sus representantes o abogados. Diles que sería conveniente que me nombraran en reemplazo de Alan. Nadie mejor que yo para ese cargo. Conque ya sabes, desde ahora en adelante yo seré el nuevo superintendente del farallón.

Obligada por Eddy, Linda se preparó enseguida para su viaje.

Al embarcarse en compañía de Bibby y Lavinia, Eddy Calvert las detuvo colérico. ¿Creían que era algún tonto? Él no se fiaba. Lo que deseaban era huir. Nada de eso. Bibby se quedaría como rehén.

Linda no tuvo más remedio que irse sola.

Los abogados le advirtieron que el nuevo superintendente debía ser un inglés. Mientras la empresa decidía ese asunto, Linda debía quedarse al frente de la empresa en la isla.

Las gestiones relacionadas con el legado de Alan Bristol obligaron a Linda a permanecer varias semanas en la ciudad, pero le envió un mensaje a Calvert comunicándole la decisión tomada.

Eddy no se sintió muy satisfecho de que no lo admitieran tan sólo por ser gringo y no inglés. Le envió una nota a Linda cuyos renglones pertinentes decían: Esta isla y la naviera deben ser de los yanquis. Veré cómo me ingenio para que así sea. Mientras tanto, ya que tú estás a cargo soy yo quien manda.

Y estableció el nuevo orden del terror.

Parecía un loco disparando a mansalva y no aceptaba que las autoridades de la isla se acercaran a las instalaciones del morro.

Tratados como esclavos, sin serlo, los negros comenzaron a desertar. Silenciosamente se produjo la diáspora, el desbande, la huida.

Una noche, a altas horas, atracó al muelle un vaporcito procedente de la ciudad cargado de viajeros que debían transbordarse a un trasatlántico que los conduciría a California.

Eran tantos, que muchos no encontraron asiento y tuvieron que sentarse sobre sus propios equipajes. Eddy, Lavinia y Yamal Sing difícilmente dábanse abasto para atenderlos. Por fortuna, las mujeres, los niños y aun algunos ancianos prefirieron ir a dormir a las barracas pues se sentían cansados.

Muchos hombres se quedaron bebiendo, pero se les notaba disgustados. En sus conversaciones, que Lavinia trataba de escuchar, se referían a un hecho ocurrido en la ciudad.

Un reverendo que viajaba con ellos trataba de calmarlos, advirtiéndoles que parte de la culpa les tocaba a los yanquis por su maldita prepotencia.

Al ver a Eddy con pistolas al cinto, el reverendo le dijo:

—En la ciudad acaba de ocurrir una trifulca por culpa de un viajero que se negó a pagar el costo de una tajada de sandía. En vez de hacerlo, tal vez debido a su ebriedad, desenfundó su **colt** y, al dispararla, provocó una reacción en cadena que dio lugar a muchas muertes de parte de los norteamericanos. Para evitar que el pueblo nos liquidara a todos, las autoridades dispusieron embarcarnos hacia esta isla en espera del trasatlántico que nos conducirá a California, pero antes resolvieron decomisar todas las armas. Por eso estos viajeros, que son hombres de armas tomar, están furiosos, pues han quedado desarmados. Lo mejor es que guarde sus pistolas allá en el mostrador. No los tienta.

Eddy notó raras miradas de codicia y prefirió obedecer al reverendo. Al guardar las pistolas tuvo una rara asociación de ideas. Esa misma mañana había anclado en la bahía de la isla una fragata norteamericana. No había desembarcado ningún **marine** lo cual disgusta a Eddy, pues no habiendo en el muelle barco alguno, el negocio estaba desanimado. Los **marines** habrían significado un atractivo aluvión de dólares. ¿Por qué no habrían bajado a tierra? ¿Sería a causa de lo ocurrido en la ciudad?

En el momento de cerrar el cajón Eddy vio a Bibby oculta detrás del mostrador.

—¿Qué haces aquí, chiquilla? ¿Por qué no estás dormida en el **bungalow**?

—Tengo miedo en la casa —dijo ella—. Sólo espero a Lavinia.

En ese instante, Eddy notó que entraba en el salón un negro altísimo, con ropas de mecánico, aceitosas, en pleno estado de ebriedad.

Lavinia, que había estado escuchando lo que decían los gringos en su furia contra la gente de color, al ver al negro presintió una desgracia. Habría deseado estar próxima a él para advertirle que aquellos yanquis estaban furibundos.

Por desventura para ella, el antillano no se quedó a la entrada sino siguió avanzando y fue a sentarse en la silla que había dejado libre el reverendo. Los yanquis que ocupaban esa mesa se levantaron enseguida y prefirieron irse a beber al bar.

Al notar el desaire y la mirada de cólera con que todos los gringos lo miraban, el negro golpeó la mesa y gritó altivamente reclamando servicio.

Eddy cruzó la sala a grandes trancos y acercándose al hombre de color le ordenó bruscamente que se fuera.

—¡No les servimos a los negros! Este lugar es exclusivo para los blancos. ¡Fuera! ¡Largo de aquí, negro asqueroso!

El negro se levantó violento y con voz airada manifestó su desagrado no sólo por la afrenta que se le hacía al echarlo sino contra los gringos que lo miraban como a un ser apeestado.

—Los otros hombres de la tripulación me han dicho que aquí no se les sirve a los negros. He entrado expresamente sólo por el deseo de cerciorarme personalmente. Ya me lo han demostrado y no me cabe duda alguna al respecto, pero procuren ser menos imbéciles. Ustedes quieren imponer su criterio discriminatorio en esta tierra que no les pertenece. Háganlo en su país si quienes viven allá lo permiten. Acá es distinto. La iracundia con que los balacearon hoy en la ciudad indica que esta grosera prepotencia llegó a sus límites. Soy fogonero de la locomotora. El tiroteo me cogió en la estación del ferrocarril bebiendo tragos con dos amigos míos de color, Bob, el **watchman** del edificio y Tom, el maquinista del clapé que acaba de traernos a esta isla. Ambos murieron alcanzados por las balas. Yo, que me había dormido sobre unos sacos de maíz, sentí que alguien me remecía y, al despertarme, me enteré de la reyerta. Tal vez me confundieron con Tom, porque también soy maquinista. Lo cierto es que aquí estoy y aquí me quedo. Durante el viaje seguí bebiendo y ahora necesito más tragos. Los responsables de lo que allá ocurrió fueron ustedes con su maldito antagonismo de razas. A lo mejor, aquí entre ustedes se encuentre al gran sanababiche que disparó su arma en señal de prepotencia. ¡Sírname ya y no jodan!

Eddy, furioso, trató de echarlo de mal modo. Al aferrarlo por el brazo, recibió tan violenta sacudida que tuvo que apoyarse en la mesa causando la caída de vasos y botellas que rodaron al suelo con tintineo de vidrios rotos.

El reverendo se acercó a separarlos para evitar nuevos disturbios. Aproximándose bondadosamente al negro le aconsejó salir cuanto antes de aquel sitio porque de lo contrario corría peligro.

Eddy, colérico, sacó del mostrador ambas pistolas y, enarbolándolas como un torero listo a clavar sus banderillas, gritó con gesto y tono de quien anima al toro:

—¡Ey, negro, desenfunda!

—Bien sabes que ando desarmado, cobarde hijo de puta.

El reverendo, previniendo un abuso, logró cubrirlo con su cuerpo. En ese lapso sonaron dos disparos. Él recibió ambas balas y desplomóse llevándose las manos al vientre.

Unificados como por mágica consigna, varios yanquis señalaron al negro culpándolo del crimen y gritando al unísono:

—¡Línchalo! ¡Línchenlo!

Mal herido en el suelo, el reverendo recordó que ese día, 15 de abril, había leído en el Evangelio de San Mateo parecidas palabras cuando los exaltados fariseos gritaban ¡Crucíficalo! ¡Crucifiquenlo!

El fogonero retrocedía aterrado tumbando mesas con quebrazón de vasos y botellas. Halló a tientas la puerta, salió y echó a correr bajo la noche por la playa desierta tratando de refugiarse entre unos árboles que distinguía a lo lejos.

Enardecidos como fieras salvajes, los yanquis se lanzaron contra él, vociferando:

— ¡No dejen que se escape ese bastardo hijo de perra! ¡Hay que lincharlo y quemarlo! ¡Que se vaya al infierno!

Lavinia y Bibby habían corrido a auxiliar al reverendo quien, respirando débilmente, aún alcanzó a decirles de modo entrecortado:

—¡Salven a ese hombre! Es inocente. No dejen que lo linchen.

Lavinia lo sosternía en sus brazos. Él, aferrando las dos manos de Bibby, le dijo sin aliento:

—¡Corre! ¡Sálvalo tú, pequeña, y si eso te resulta imposible confiesa a la justicia la verdad de los hechos! ¿Me juras que lo harás?

—Sí, Padre —dijo Bibby con voz de llanto. Sollozando, salió del bar y se lanzó a correr hacia el lugar en que escuchaba los gritos de los malvados

energúmenos. En su mente seguía escuchanda como un eco la voz del reverendo.

Llegó acezante al sitio en que los yanquis enfurecidos vociferaban y golpeaban al negro. Sin acercarse demasiado, se escondió tras un árbol. Horrorizada, vio como lo linchaban colgándolo de un mango. No contentos con eso, consiguieron encenderle la ropa que, impregnada de aceite y gasolina, ardió enseguida formando una gran flama. Enardecidos como demonios crueles, los hijos del tío Sam, regocijados, bailaron una ronda canturreando mientras la carne ardía lanzando traqueteantes chisporroteos de **Gloria in excelsis Deo**.

### III

## Ave gratia plena Dominus tecum

Quien cocinaba en casa era tía Lola cuya mano era experta en mil sabores de múltiples comidas locales y foráneas. Guisos, guachos, adobos. Desde tempranas horas de la mañana ya estaba ella golpeando su almirez que por el hecho de ser de fino bronce tenía sonidos de campanil pascual. Molía culantro, ajos, orégano, cebolla, achiote y diversas especias, según el caso, para darle sabor a sus refritos. Se decía en la isla que ella tenía muy buena mano sazonando sus diferentes salsas y preparando platos a base de cangrejos, iguanas o marisco. La gente se chupaba los dedos cuando probaba su delicioso mero sudado o su estupendo arroz con guandú, sin que haga falta mencionar el punto de sus ricos frijoles ni el dulce almíbar del plátano maduro asado al horno ni de las veces que preparaba loco o **gallo pinto** y esos sabrosos platos del tiempo de Ña Upa como quinua con puerco o chupe con huevo y camarones.

Los deliciosos guisos de tía Lola se ganaron al cura desde el primer momento. A cada rato se deshacía en elogios y daba muestra de sentirse feliz por su amistad con tan cristiana familia. Por las noches, al terminar la cena, siempre era de rigor una partida de naipes o de damas; pero a veces Monseñor cooperaba con Chabela, Betín y Milagro ayudándolos en sus múltiples deberes escolares.

Monseñor no dejaba de notar el temblor que su presencia causaba en la pequeña Milagro. Los más ligeros roces de pie electrizaran el ánimo del uno y de la otra.

Fue durante el inicio de una de esas tertulias hogareñas cuando una noche se presentó don Plácido quien, como dijo, regresaba de la ciudad con un penoso mensaje de la sobrina Cándida cuya mamá, Delfina, estaba

grave de muerte. Frente al inevitable y duro tránsito, Delfina deseaba despedirse de sus seres queridos.

Al día siguiente María Adelaida se marchó a la ciudad llevándose consigo a Betín. Al embarcarse le recordó a María Dolores que fuera preparando ropas de luto para todos.

El Ñopo estaba en tragos en su casa meciéndose en la hamaca cuando le dieron la noticia de que su esposa estaba en trance de fenecer.

Siguió impassible trasegando aguardiente.

—Tal vez ya ha fallecido —le dijo Plácido.

De manera imprevista le entró al gallego la lloradera etflica, pero del mismo modo, pasado un rato, lo dominó en la hamaca la mococoa y se quedó dormido roncando a todo trapo.

Con suficiente indumentaria negra partieron a su torno Lola y Chabela. Esta última le encomendó a Milagro las mil faenas de la casa. Muy afligida, al despedirse, le dijo al párroco:

—Cúidela, Monseñor. A pesar de que ya es adolescente sigue siendo una niña muy modosita y bien portada. La hemos criado con rectitud cristiana. La limpieza de la Casa Cural y el lavado de ropa los he dejado a cargo de Comepán. Milagro se ocupará de preparar la comida. Perdónele cualquier inexperiencia. No creo que ella logrará la sazón de su tía Lola. Le ruego soportar el sacrificio que a lo sumo será de tres o cuatro días. Las horas de comida serán las mismas. A las nueve, todo el mundo a dormir. ¿Qué le sucede? ¿Se siente mal? Se ha constipado. Claro, al desembarcar ayer bajo la lluvia tuvo que celebrar misa empapado. Le avisaré a tío Plácido. Cúidese. Lo mejor es que se meta en la cama. Espero que amanezca mejor. Hasta la vista.

Don Plácido le recetó al vicario tisanas, cataplasmas, sobijos y ventosas. Sobre todo, reposo.

—Nada de levantarse. Comepán le servirá de enfermera.

Aprovechando la ausencia de ésta, Milagro atendió al cura. Lo hizo beberse un té caliente y a pesar del recíproco recato le aplicó unas ventosas en la espalda. Por la tarde fue a la Casa Cural, lo vio en el lecho e insistió en aplicarle los fomentos, pero él se opuso. Sin embargo, convulsionado por la tos aceptó una fricción alcanforada en el cuello, en la espalda y en el

pecho. Las suaves manos de ella, sobando y resobando, descendieron del torax hasta el vientre y aún siguieron bajando y deslizáronse hasta llegar al mástil de la divina gracia donde todas las velas del placer se izaron con rumbo hacia la gloria.

Cuando, tras el sepelio de Delfina, la familia volvió enlutada a la isla, Monseñor y Milagro ya habían gozado varias noches de sexual cuchipanda. Muy hábilmente él cada noche solía frenar su impulso glandular. De ese modo evitaba fecundarla y eludía toda prueba que diera pábulo al escándalo, precaución que Milagro aceptaba a regañadientes pues seguía convencida de que el Padre Jesús Médina era el Arcángel de la Visitación. Deseaba que las cosas ocurrieran para ella del mismo modo que se narra en el Evangelio pero, eso sí, con versículos en los que se dijera que el ángel del Señor anunció a Milagro y ella concibió del Padre Jesús. Por eso se extasiaba, sentíase ungida (hágase en mí según tu palabra) al recibir el cirio pascual (yo soy la esclava del Señor) sobre todo en el sublime momento de la oblación cuando las gotas de la divina esperma, según ella deseaba, la obnubilaran poseyéndola de seráfico goce ya que el enviado del Señor me ha escogido entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de mi vientre, Chuchú, pues el nombre que ella deseaba para su hijo no iba a ser otro que Jesús.

De ventana a ventana, de altillo a altillo, Milagro bajaba todas las noches, a las diez, a la recámara de la Casa Cural y, a tientas, avanzaba al oscuro hasta la cama donde el rijoso capellán la esperaba. Era el sistema ideado para rehuir el fisgoneo de Malala a través de las rendijas de lo contrario se daría cuenta de que no era la humilde Comepán sino Milagro la que le calentaba las sábanas al cura.

Puesta de acuerdo con el siervo de Dios, cuando Cairote tocaba el pito de las nueve Comepán esperaba de manera ostensible hasta que el cura le franqueara la puerta de la Casa Cural y, una vez dentro, permanecía en la planta baja como un perro guardián hasta el momento en que Monseñor Medina (finiquitado su cóncave sexual con Milagro) le avisaba que ya podía marcharse a brujulear que era como decirle llévale pan a quien lo amasa. De esa manera Comepán traficaba ganando humildemente las indulgencias que le daba el vicario y las monedas que obtenía de Malala por su fingido putifacio.

Quien en cambio no las tenía todas consigo era Milagro, pues no estaba segura de que el hijo que bullía ya en su vientre fuese del cura. Podía ser de Felipe. Ni Dios lo quiera, Virgen de los Dolores.

## IV

### La América para los americanos

Enterada por Bibby de la muerte del negro, Lavinia había corrido a ocultarse en el **bungalow** vuelta un azogue de terror. Yamal Sing, como era de piel negra, también había buscado refugio en casa por si acaso. Nunca se sabe. Utilizando el sistema de señales que empleaba el superintendente Alan Bristol, el hindú comunicó a Linda Jara y aun al telegrafista de la fragata lo que estaba ocurriendo en la isla.

Cuando Linda llegó al amanecer, vio acoderado al muelle un transatlántico y también una lancha a motor que, sin lugar a dudas, era de la fragata que acababa de ver anclada en la bahía.

Frente al **Blue Moon** había muchos **marines** y algunos oficiales.

Cuando ella mostró sus credenciales, el Comandante la informó de los últimos sucesos acaecidos en la isla.

En su carácter de superintendente provisional, quiso ella dar enseguida parte a las autoridades de la isla, pero el otro se opuso y expresó su opinión ásperamente.

—Es preferible que la gente de la isla no se entere. Por eso mismo ya hice enterrar al negro bajo el mismo árbol que sirvió de cadalso. También ya fue embarcado en mi fragata el cadáver del misionero vilmente asesinado por el negro según los testimonios que he escuchado. Fuera del grupo aquí presente nadie debe saber lo sucedido.

Linda no opuso resistencia. Se daba cuenta de que todo era inútil. De todos modos, dijo:

—Le advierto que este establecimiento es propiedad de una naviera inglesa.

En ese instante, dando un grito de júbilo, Bibby, asustada, corrió a abrazar a Linda.

Sin darse, al parecer, por enterado, el Comandante prosiguió:

—Los europeos deben salir del continente. No olvide usted la tesis de Monroe: la América para los americanos.

—¿Para ustedes? —dijo irónica Linda.

—Yo soy la Ley —repuso—. Hago justicia. El negro asesinó al reverendo. Sobre ese punto todos están de acuerdo. Ciudadanos norteamericanos, justos y honorables, le aplicaron la Ley de Lynch. Creo que el conflicto quedó solucionado, a no ser que alguien diga lo contrario.

—Yo —gritó Bibby, levantando la mano.

—¿Qué pretendes, pequeña? —dijo algo contrariado el Comandante—. ¿Quieres hacer algún reparo, cualquier acusación?

—Sí —susurró la niña—. Mi aya Lavinia es testigo de que antes de morir, el reverendo me hizo jurarle que diría la verdad sobre el culpable. Yo acuso a Eddy. Él mató al reverendo.

—¡Es mentira! —aulló Eddy.

—Tienes aún las pistolas en el cinto —arguyó Bibby.

—¡Eres una pecosa infame! ¡Maldita seas!

Lavinia y Yarnal Sing, que aparecieron de pronto, manifestaron al unísono:

—¡Mister Calvert lo hizo!

Dos religiosas yanquis, que habían callado por prudencia, también atestiguaron:

—¡Es cierto! ¡Es cierto!

Y una explicó:

—Dormíamos aquí cerca y al escuchar el alboroto que armaban nos acercamos, vimos por las rendijas y presenciamos el suceso. Quien disparó fue este hombre. Aproximándonos después al reverendo, pudimos prestarle los últimos auxilios religiosos.

Otras señoras, que a lo mejor pensaron en las llamas del infierno si desobedecían al reverendo, confirmaron los hechos.

—En vista de lo cual —dijo Linda— Eddy Calvert debe ser entregado a las autoridades de la isla.

—Nada de eso —denegó el Comandante—. El prisionero viajará en mi fragata. Será juzgado de acuerdo con las leyes americanas.

El trasatlántico dejó oír su sirena.

Es la tercera llamada, pensó Bibby.

Los viajeros recogieron sus bultos y, comentando el hecho, se fueron embarcando.

Dos policías de la fragata se encargaron de custodiar a Eddy.

La luz del sol rielaba sobre las olas produciendo reflejos azogados. Por una extraña asociación de ideas Linda pensó en su esposo, extinto por el capricho de Eddy Calvert. Hay una ignota, misteriosa justicia que al fin llega cuando uno menos piensa.

Al ver las olas, volvió a pensar en el azogue. Alan Bristol que, antes de conocer a Linda había vivido muy solitario, tenía un **hobby** secreto. El entusiasmo que los viajeros expresaban con respecto a la explotación de minas en California por la fiebre del oro provocó en él los sueños de aventura. No pudiendo moverse del farallán, se halló su propia mina en la isla, una mina de azogue. Localizó el hallazgo en la colina que había junto a los tanques de agua que tenía la naviera en Barlovento. Lo ayudaban en las excavaciones sus criados negros quienes dormían en un chalet construido por ellos mismos junto a la gruta. Poco a poco Alan Bristol fue convenciendo que la veta de azogue no era muy rica. Entusiasmado después por la atractiva presencia de Linda Jara y su hija, Alan Bristol dejó de preocuparse por su mina de azogue cuya entrada, al ser abandonada la mina, disimularon con una especie de pequeño depósito construido con hojas de zinc. Los criados negros siguieron habitando la casita hasta el momento en que, aterrados por Eddy, se fueron dispersando.